



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2021 Año VIII / N° 15
ÍNDICE

M ^a Milagros Cárcel Ortí La Archidiócesis de Valencia en 1922. Relación del Cardenal Reig en su visita <i>ad limina</i>	1
Mateo Blanco Cotano – Jesús Plano García Juan de Ribera, Obispo de Badajoz, en el Concilio Provincial Compostelano de 1565	61
Alfonso Esponera Cerdán Significativas presencias de Savonarola en la Valencia del XVIII y XX	117
Jesús Girón Izquierdo La Iglesia se reúne convocada por la Palabra de Dios. El recorrido del Santo Cáliz hasta su llegada a Valencia	143
Vicente Botella Cubells Inscritos en el régimen de la mediación: presencia, palabra y sacramentalidad. Reflexión a propósito de Lc 7,1-10	159
Fernando Chica Arellano La pandemia y la lucha contra el hambre. Rediseñar la acción de apoyo a los más pobres	177
Pascal Nizeyimana – Justo Aznar Luca Magisterio de la Iglesia Católica en Ruanda sobre la regulación de la fertilidad humana	203
Enrique Orquín Fayos Acompañamiento espiritual durante y después de un proceso de nulidad matrimonial canónica	215
Pedro Ruz Delgado Monumento urbano al Arzobispo Olaechea (Valencia, 1978). El agradecimiento hecho arte en bronce	237
Recensiones	253
Publicaciones recibidas	273

LA IGLESIA SE REÚNE CONVOCADA POR LA PALABRA DE DIOS. EL RECORRIDO DEL SANTO CÁLIZ HASTA SU LLEGADA A VALENCIA*

*Jesús Girón Izquierdo***

RESUMEN

Este artículo se centra en la fuerza que tiene la Palabra de Dios para convocar a la Iglesia, que es su pueblo. Para ello, pone en relación la peregrinación que el Santo Cáliz realizó desde Jerusalén hasta Valencia, con la figura de Abrahán, peregrino de la fe y padre de un gran pueblo con el que Dios estableció una alianza. Ese pueblo, que también tuvo que realizar un camino no exento de dificultades, reunido en asamblea para escuchar la Palabra del Señor y sellar la alianza, será el origen de un nuevo pueblo, con el que Dios hará una alianza definitiva. La Iglesia es ese nuevo pueblo de Dios, que sigue caminando, y es convocado por la Palabra de Dios, que lo alimenta, junto con el sacramento de la Eucaristía, significado en este Cáliz, para que pueda seguir recorriendo su camino hasta llegar a Dios.

PALABRAS CLAVE

Santo Cáliz, Peregrino, Iglesia, Comunidad, Pueblo de Dios, Palabra de Dios.

ABSTRACT

This article focuses on the power of the Word of God to summon the Church, which is his people. To this end, it relates the pilgrimage that the Holy Chalice made from Jerusalem to Valencia with the figure of Abraham, a pilgrim of faith and father of great people with whom God established an alliance. Those people, who also had to make a journey plenty of difficulties, gathered in assembly to listen to the Word of the Lord and seal the covenant, will be the origin of a new people, with whom God will make a definitive alliance. The Church is that new people of God, which continues its journey, and it is summoned by the Word of God, which feeds it, together with the sacrament of the Eucharist, signified in this Chalice, so that it can continue on its journey until it reaches God.

KEYWORDS

Holy Chalice, Pilgrim, Church, Community, People of God, Word of God.

INTRODUCCIÓN

El artículo tiene por título: “La Iglesia se reúne convocada por la Palabra de Dios”, y por subtítulo: “El recorrido del Santo Cáliz hasta su

* Este artículo recoge la conferencia impartida, por J. Girón, en el Secretariado de Espiritualidad de la Archidiócesis de Valencia, el 27 de abril de 2021, en el contexto de las conferencias ofrecidas con motivo del Año Jubilar del Santo del Cáliz 2020-2021 “Cáliz de la Pasión”.

** Doctor en Teología Bíblica. Facultad de Teología San Vicente Ferrer-UCV. Valencia (España)

llegada a Valencia”. A primera vista no parece que haya una conexión entre ambos. Sin embargo, a lo largo del artículo veremos la relación que hay entre el Cáliz “peregrino” y la Iglesia como pueblo peregrino, convocado por la Palabra de Dios, para ser alimentado y seguir su camino con la fuerza de esa Palabra y del Sacramento. Partiendo de este subtítulo, daré unas breves pinceladas sobre el camino que realizó el Santo Cáliz hasta llegar a Valencia. A continuación, centrándome ya en el título principal, desde una perspectiva bíblica, compartiré dos ideas que considero importantes: la reunión de la Iglesia, y la fuerza de la Palabra.

De este modo, el artículo se divide en tres partes:

1. Historia y tradición del recorrido del Santo Cáliz.
2. La Iglesia se reúne porque es comunidad.
3. La fuerza de la Palabra creadora y salvadora para convocar.

1. HISTORIA Y TRADICIÓN DEL RECORRIDO DEL SANTO CÁLIZ

Según la tradición, la copa que Jesús utilizó en la Última Cena fue llevada por san Pedro de Jerusalén a Antioquía. Desde allí llegó hasta Roma, donde se conservó hasta el siglo III. En el año 258 el emperador Valeriano proclamó un edicto de persecución contra los cristianos en el que prohibió el culto cristiano. Ante esta situación, el diácono Lorenzo, de origen aragonés, mandó la santa copa, que había permanecido custodiada por los papas hasta Sixto II, a su tierra natal, para librarla de la persecución. Esta tradición quedó reflejada en los frescos de la Basílica de San Lorenzo Extramuros de Roma.

La venerada copa permaneció en Huesca hasta el siglo VIII. Con motivo de la invasión musulmana, y para evitar el peligro que corrían las reliquias cristianas, el obispo Acisclo escondió esta reliquia en el Pirineo, donde llegó al monasterio de San Juan de la Peña. Es allí precisamente donde se encuentra la primera constancia histórica de la existencia del Santo Cáliz. Se trata del acta de donación de la reliquia por parte del prior del monasterio de San Juan de la Peña al rey Martín I, llamado “el Humano”. Este monarca, que formó una gran colección de reliquias, estaba muy interesado en esta copa de piedra, por lo que envió a su capellán para que volviese con la preciada reliquia. Era el año 1399 cuando el prior del monasterio hizo entrega de la reliquia, que permaneció en la

capilla del palacio real de la Aljafería de Zaragoza, y después en la del palacio real de Barcelona para su cuidado y culto.

Tras la muerte de Martín I, en 1410, surge un conflicto sucesorio que se soluciona en 1412 con el Compromiso de Caspe, por el que se eligió, como nuevo rey, a Fernando I. Le sucede su hijo Alfonso V el Magnánimo, que traslada todo el relicario real a Valencia, depositándolo en la capilla de Santa Catalina del palacio real.

El 18 de marzo de 1437, ante las necesidades económicas surgidas por los conflictos bélicos, el rey de Navarra, Juan de Aragón, hermano de Alfonso el Magnánimo y su lugarteniente en el reino de Valencia, depositó todas las reliquias de la capilla real en la Catedral de Valencia, como garantía de la deuda contraída con el cabildo. Los reyes sucesivos no reclamaron el relicario, por las deudas persistentes, por lo que el Santo Cáliz permaneció ininterrumpidamente en la Catedral de Valencia, salvo los periodos de la Guerra de la Independencia (1809-1813) y la Guerra Civil (1936-1939).

De todo este itinerario, resumido en pocas líneas, reconocemos la azarosa historia del Santo Cáliz.¹ Más allá de los datos ofrecidos por la historia y la tradición, concluimos señalando que el Santo Cáliz ha sido un peregrino que ha recorrido un camino no exento de obstáculos y dificultades. De momento, nos quedamos con esta idea, sobre la cual volveremos más adelante.

2. LA IGLESIA SE REÚNE PORQUE ES COMUNIDAD

El segundo punto, “la Iglesia se reúne porque es comunidad”, se centra ya en el título propiamente dicho de la conferencia, “La Iglesia se reúne convocada por la Palabra de Dios”, y tiene como objeto una característica esencial de la Iglesia: la Iglesia como pueblo de Dios. Esta cualidad tendría dos sentidos muy ligados entre sí: por un lado, como colectivo de personas, tiene un sentido humano. Por otro, como grupo de gente que pertenece a Dios, tiene un sentido bíblico-teológico, que es el que voy a tratar de desarrollar a lo largo de este segundo apartado.

Como introducción, me gustaría comenzar haciendo referencia al Concilio Vaticano II, que, en el nº 9 de su Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, dice que

¹ Información obtenida del semanario *Paraula* 1584 (8-XI-2020).

la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios. Dios ha querido salvar al hombre, no de modo individual, sino haciendo de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Dios ya había elegido como pueblo suyo al pueblo de Israel, con quien estableció una alianza, y a quien instruyó gradualmente manifestándosele a sí mismo y sus divinos designios a través de su historia, y santificándolo para sí. Pero todo esto lo realizó como preparación y figura de la nueva alianza perfecta, que había de efectuarse en Cristo, y de la plena revelación que había de hacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne.²

Esa nueva alianza anunciada por el profeta Jeremías (cf. Jer 31,31-34) alcanzó su plenitud con la sangre de Cristo (cf. 1Cor 11,25), convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles que se condensara en unidad, no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios.

Dicho esto, vamos a hacer un poco de historia y nos vamos a remontar a los orígenes de la alianza de Dios con su pueblo. Dios elige un pueblo entre todos los pueblos del mundo para realizar su deseo de encuentro salvífico con el hombre. Esto no significa que la elección sea exclusivista o excluyente. Dios es Padre de todos los hombres, pero esa elección es una forma de hacer concreta y visible esa voluntad de Dios, que quiere salvar a todos, pero ha de comenzar por uno, precisamente porque una de las consecuencias del pecado original fue la ruptura y el enfrentamiento entre las personas y los pueblos.³ Además, esa elección no será excluyente porque posee en sí misma un dinamismo expansivo, misionero y universal, como vamos a ver. Por eso, Dios comenzará eligiendo a una persona, que es Abrahán, a un pueblo, que es Israel, para llegar así a toda la humanidad, en la Iglesia. De este modo, vemos cómo Dios va adaptándose, con una gran pedagogía, al ritmo de la historia de la humanidad. Dios respeta siempre nuestros ritmos y procesos.

El carácter comunitario de la Iglesia viene de muy lejos. Hay que ir al AT, donde encontramos a Abrahán, el tronco común y el padre de la fe para las religiones monoteístas. En el libro del Génesis, Dios elige a Abrahán para ofrecerle una tierra, una descendencia y una bendición, y lo hace de forma gratuita; pero no lo hace para darle ningún privilegio que le haga la vida más fácil. De hecho, le hace salir de su tierra, de su patria y de la casa de su padre. Abrahán marchó como le había dicho el

² CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 9.

³ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *Eclesiología*, 30.

Señor (Gén 12,4), como un emigrante peregrino o arameo errante (Dt 26,5). Dios le hace salir de su seguridad para darle algo más grande, y convertirlo en el padre de una gran nación (Gén 12,2-3); y no sólo de una gran nación, sino de una multitud de naciones. De hecho, Dios le cambia el nombre de Abrán por Abrahán, justo cuando le promete ser padre de muchedumbre de pueblos, en Gén 17,5. Eso es precisamente lo que significa en hebreo *Ab-raham*: padre de muchos.⁴

Esa primera alianza con Abrahán es el antecedente de la alianza de Israel como pueblo de Dios. Podríamos decir que esa alianza personal se hace comunitaria en el Sinaí. Ya no es una alianza con el padre del pueblo, sino con el pueblo entero. Se trata de un acontecimiento fundamental, ya que, en realidad, la alianza no se hace con un pueblo, sino que constituye a ese pueblo, que, hasta entonces sólo era un conjunto de tribus con un tronco común en Abrahán.

El Señor se enamoró de ellos y los eligió por puro amor, de entre todos los pueblos de la tierra, para que ellos fueran su pueblo y él fuera su Dios (cf. Dt 7,6-8). Dios les ha revelado su nombre, los ha liberado de la situación de esclavitud en que vivían, los ha acompañado y los ha cuidado. Desea seguir haciéndolo, y, para ello, establece una alianza a través de las diez Palabras de vida ofrecidas en el monte Sinaí.

Puede llamar la atención que me refiera a los diez mandamientos como diez Palabras. Sin embargo, aunque estamos acostumbrados a hablar de mandamientos, en realidad, el término utilizado por el texto original hebreo es *haddebarim* (הַדְּבָרִים), que es el plural del sustantivo *dabar* (דָּבָר), que significa precisamente “Palabra”. Por lo tanto, lo que Dios da a su pueblo no es propiamente un conjunto de mandamientos, sino, más bien, diez Palabras que orientarán el camino del pueblo elegido hacia la vida.⁵

La celebración de ese pacto será recordada como “el día de la asamblea”, en el que Dios pidió congregarse al pueblo para que escuchara sus Palabras (cf. Dt 4,10; 9,10). El término hebreo utilizado para decir “asamblea” es *qahal* (קָהָל), que es prácticamente igual al verbo “convo-

⁴ El cambio de nombre en la Biblia suele significar el cambio de una situación relacionada con la existencia de la persona (cf. L. ALONSO SCHÖKEL, *Biblia del Peregrino*, I, 91).

⁵ Es llamativo que el Decálogo va precedido por un prólogo (cf. Ex 19,2), en el cual Dios se presenta a sí mismo como el redentor de Israel de la esclavitud egipcia: “Yo soy el señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud” (cf. B.S. CHILDS, *El libro del Éxodo*, 368). Algunos autores consideran que el primer mandamiento es precisamente esa memoria de la salvación ofrecida por Dios, que es lo que permite al pueblo predisponerse a cumplir lo que Dios le pide para poder así vivir.

car”. Por lo tanto, nos encontramos ante un término fundamental que hace referencia tanto a la acción de convocar como a la asamblea convocada. De este modo, la asamblea es el pueblo entero convocado para escuchar la Palabra de Dios. Esa asamblea *qahal* se convertirá en el ideal de lo que debe ser el pueblo de Israel, es decir, aquel que es convocado para escuchar. Así es reflejado en la famosa oración del *Shemá*:

Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas Palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado (Dt 6,4-7).

Como ya sabemos, el pueblo de Israel no siempre fue fiel a la alianza. En muchas ocasiones se olvidó de Dios, buscó otras alianzas con otros pueblos para defenderse de sus enemigos, y, además, cayó en la idolatría, es decir, en la adoración de los dioses de los pueblos vecinos.⁶ En el fondo, se trata de las mismas infidelidades que hoy constatamos en nuestras vidas, tantos siglos después, y que se concretan en la búsqueda de falsas seguridades. Estas infidelidades fueron denunciadas por los profetas, que, al mismo tiempo, se esforzaron por transmitir un mensaje de esperanza. El único fundamento de esa esperanza es la fidelidad de Dios, que ama a Israel como un esposo a su esposa, como un padre a su hijo, y no puede dejar de amar, a pesar de las infidelidades del pueblo (cf. Is 61,1-5; Os 2,16-22; 11,1-9; Ez 16; Sal 103,1-14). Esa fidelidad de Dios se concreta en el anuncio de una nueva alianza, expresada de forma magistral por el profeta Jeremías:

Llegan días en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No será una alianza como la que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto, pues quebrantaron mi alianza, aunque yo era su Señor. Esta será la alianza que haré con ellos después de aquellos días: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo: “conoced al Señor”, pues todos me conocerán desde el más pequeño al mayor, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados (Jer 31,31-34).

⁶ En ocasiones, el pueblo de Israel, en vez de invocar al Señor, invocaba y daba gracias a Baal, un dios cananeo, señor de la lluvia y de las estaciones, que proporcionaba la fecundidad de la tierra y favorecía los cultivos. El Señor, que es un Dios celoso, no tolera la idolatría (cf. J.L. SICRE, *Introducción al profetismo bíblico*, 202).

Esta nueva alianza se cumplirá en la persona de Jesús, el Hijo de Dios, que la sellará, precisamente, entregando su propia vida en rescate por todos (cf. Heb 1,1-11; 8,6; 9,15-28).

El Antiguo Testamento, que estaba escrito en hebreo, se tradujo al griego para que las comunidades judías que vivían más allá de Palestina, dispersas por el mundo, y que hablaban griego, pudiesen leer los textos sagrados. Esa traducción del AT del hebreo al griego se realizó en torno al s.II a.C., y se llamó *Septuaginta* o *Biblia de los Setenta* (LXX). Pues bien, la *Septuaginta* traduce el término hebreo לְקָהָל (*qahal*) “asamblea” por el término griego ἐκκλησία (*ekklesia*).⁷

El uso de esta terminología, junto a algunas novedades que veremos, nos permiten hablar de continuidad y discontinuidad entre el AT y el NT.

En este sentido, podemos hablar de una continuidad, en primer lugar, porque Jesús eligió a doce como símbolo de la convocatoria definitiva de Israel, y los eligió para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (cf. Mt 10,1-4; Mc 3,13-15). De hecho, Jesús comienza dirigiéndose a todo el pueblo de Israel para anunciar que el Reino de Dios había llegado ya (cf. Mt 10,5-7; Mc 7,24-30).

El Evangelio de Mateo, que es profundamente eclesial, tiene un marcado carácter judío y parece dirigido a los cristianos convertidos del judaísmo.⁸ También constatamos ese marcado sello judío en el Evangelio de Juan, totalmente penetrado por el AT.⁹

Sin embargo, tendríamos que remontarnos a los escritos más antiguos del NT para constatar ya esa continuidad. Se trata de las Cartas del

⁷ El sustantivo ἐκκλησία se deriva etimológicamente de ἐκ y del verbo καλέω, y significa literalmente la colectividad de los llamados (cf. J. ROLOFF, “ἐκκλησία”, 1252).

⁸ La estructura y la composición del evangelio muestran que el evangelista está impregnado de literatura judía; las fuentes mateanas, Mc y Q, fueron transmitidas y elaboradas antes de la composición del evangelio de Mateo en una comunidad judeocristiana; los numerosos contactos del lenguaje del evangelio de Mateo con la *Septuaginta* y con peculiaridades lingüísticas judías apuntan a un autor judeocristiano; la teología mateana, especialmente su idea de la ley y su apelación al AT proceden de un autor judeocristiano; además, el evangelio de Mateo no sólo llegó a ser el más importante en la gran Iglesia, sino que tuvo una historia especial en medios judeocristianos (cf. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, I, 17-108).

⁹ En unos casos se refiere a ella como profecía (cf. Jn 7,38; 12,41; 13,18; 19,28-30; 19,34-37). Otras veces acude a la Escritura como prefiguración, y así aparecen los grandes personajes: Jacob (Jn 1,51; 4,4-14), Moisés (Jn 6,32ss), Abrahán (Jn 8,31-59). Los dos grandes acontecimientos de la creación y el éxodo están en la base del Prólogo de Juan (Jn 1,1-18). La liberación de Egipto y la Alianza constituyen el esquema básico de la promesa de Jn 8,31-36. La revelación del nombre divino “Yo Soy” (Ex 3,14) está presente en Jn 8,24.28. La Pascua aparece como prefiguración, cuyo cumplimiento es la Pascua de Jesús (Jn 12,1; 19,31). También las fiestas de las Tiendas (Jn 7-10,21) y la Dedicación (Jn 10,22-38), ocupan un puesto importante y tienen su cumplimiento en Cristo.

NT. Las Cartas eran el medio que los misioneros tenían –entre ellos, destaca san Pablo–, para hacer frente a los problemas que surgían dentro de la comunidad fundada, una vez que el misionero se marchaba para proseguir su camino y su misión.

Sabemos que, como fruto inmediato de la actividad de los primeros misioneros cristianos, las personas convertidas no vivían su fe de una forma individual, sino que se agrupaban y constituían comunidades con una profunda conciencia eclesial. La prueba de ello es el nombre de ἐκκλησία con que san Pablo se dirige a ellas cuando les escribe (cf. 1Cor 1,2; 2Cor 1,1; Gal 1,2; 1Tes 1,11). Es el mismo término que la *Septuaginta* usaba para traducir el *qahal* hebreo. Con el uso de este término se conserva el sentido de asamblea que es convocada y congregada (cf. Heb 2,12; 1Cor 14,23).

Esa conciencia de pertenecer a un grupo, más allá de la experiencia personal de la salvación experimentada, ya existía en el pueblo de Israel; en efecto, los cristianos que se bautizaban se sentían profundamente vinculados al pueblo de la antigua alianza (cf. Rom 1,1-4). De hecho, los cristianos, al principio eran un grupo más dentro de los muchos que formaban el pueblo judío. Eran conocidos como el grupo de “los nazarenos”.¹⁰ Fue el rechazo de la salvación escatológica por parte del pueblo de Israel y la expulsión de la sinagoga tras la destrucción del Templo por las tropas de Tito, en el año 70 de nuestra era, lo que provocó que los cristianos, que así empezaron a llamarse en Antioquía (cf. Hch 11,26), tomaran conciencia de ser el nuevo pueblo de Dios (cf. Rom 9–11). Este rechazo aparece ya anunciado por el mismo Jesús en el Evangelio de Mateo (cf. Mt 21,33-46; 22,1-9; 27,25), que anuncia la acogida de un nuevo pueblo (cf. Mt 21,43).

En este sentido, hay también una discontinuidad o novedad, que es precisamente lo que hace que la Iglesia sea el nuevo pueblo de Dios. Esa novedad se caracteriza por tres elementos fundamentales: en primer lugar, porque rompe las barreras étnicas y geográficas de Israel para acoger a los gentiles (cf. Hch 15,14), al tiempo que rompe las barreras sociales y políticas, para incluir a mujeres, niños y esclavos; en segundo lugar, el acceso a este pueblo de Dios ya no es por el rito de la circuncisión, sino por el sacramento del bautismo (cf. Rom 6,4; Ef 4,5; Col 2,12; 1Pe 3,21); en tercer y último lugar, es la entrega salvífica de Jesús la que ha permitido la

¹⁰ Epifanio, en el s. IV, en su obra contra las herejías, nos habla de “los nazarenos”, y señala que no se consideraban cristianos, sino judíos (cf. EPIFANIO, *Panarion*, 29, en PG 41,24-26 y 34-36).

configuración del pueblo mesiánico (cf. LG, 9), de modo que la Iglesia es la comunidad formada por aquellos que creen en Jesucristo y se han visto salvados por él (cf. Tit 2,13-14; Gal 1,22; 1Tes 2,14).

Todo esto tendrá varias implicaciones.

La Iglesia se hace presente en la comunidad concreta formada en cada, pueblo o ciudad, y también en todo el mundo. La Iglesia adquiere así un carácter universal, que hace que la Iglesia se encarne en cada pueblo, en cada raza y en cada lengua. Hace suyas las alegrías y los sufrimientos de cada pueblo, y es testigo, en medio de ellos, de una reconciliación y comunión que supera cualquier división. Sin embargo, la Iglesia no queda vinculada exclusivamente a ningún pueblo. Además, su componente escatológico la presenta como peregrina, en camino hacia una meta que es la casa del Padre. De este modo, la Iglesia es siempre *paroikía* (cf. 1Pe 1,1.17). Reside y se encarna en cada lugar, pero como extranjera y peregrina.¹¹ Somos un pueblo que camina, y caminamos juntos, en “sinodalidad”, atentos a la Palabra de Dios para descubrir lo que él quiere de nosotros. También aquí quedan reflejadas aquellas dos características que veíamos en Abrahán: padre de una muchedumbre, y, al mismo tiempo, errante y peregrino.

La Iglesia, al referirse de Cristo, sigue siendo Iglesia, aun fuera de la asamblea. Esto es muy importante porque nos puede ayudar a unificar la vida y la fe, y, de este modo, evitar el peligro de la separación de la vida cultural y la vida real. No podemos escuchar la Palabra de Dios ni celebrar los sacramentos sin que eso tenga repercusiones en nuestra vida cotidiana. Por otro lado, la Iglesia expresa la dimensión comunitaria de la fe y la vida cristiana. Por ello, es necesario que nuestras comunidades parroquiales sean comunidades donde se comparta la vida y la fe. Constatado con cierto pesar que, en ocasiones, las parroquias se convierten en supermercados de servicios, donde cada uno va a la hora que le viene mejor para adquirir “su producto”. Corremos el riesgo de convertirnos en meros consumidores de sacramentos, pero no nos implicamos en la vida comunitaria de la parroquia. Es importante que hagamos un esfuerzo entre todos para que nuestras parroquias sean comunidades donde se comparta la vida y la fe.

Por último, el centro de nuestras asambleas, reuniones y celebraciones no puede ser otro más que Jesús. Nos encontramos ante un reto

¹¹ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *Eclesiología*, 38.

fundamental: es absolutamente necesario que pongamos a Jesús, de nuevo, en el centro de nuestras comunidades. A veces perdemos mucho tiempo en cosas que están bien –otras, no tanto–, pero no son Jesús. Es vital que la Palabra de Dios “sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial”,¹² y que, en medio de tantos ruidos y distracciones, aprendamos a distinguir y escuchar la voz del Pastor que sigue llamando por su nombre a cada una de sus ovejas para formar un rebaño y conducirlo (cf. Jn 10,16). El Buen Pastor es el centro de la unidad de la Iglesia.¹³ El centro de nuestra comunidad es Jesús, la Palabra de Dios hecha carne en medio de nosotros, que nos sigue convocando por nuestro nombre para darnos una vida en abundancia (cf. Jn 10,10).

3. LA FUERZA DE LA PALABRA CREADORA Y SALVADORA PARA CONVOCAR

El Evangelio de san Juan comienza con un Prólogo precioso que es como una obertura musical que presenta brevemente los temas más importantes que después van a ir desarrollándose.

Este Prólogo comienza diciendo: “En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios” (Jn 1,1), y continúa afirmando: “Por medio de ella se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió” (Jn 1,3-5).

El evangelista identifica la Palabra con Dios. El término griego *λόγος* (*logos*) significa “Palabra”, y hace referencia a Jesucristo, la Palabra creadora que se ha encarnado.¹⁴ Hay una íntima relación entre Jesucristo, Palabra de Dios, y las Sagradas Escrituras; de hecho, toda la Escritura habla de Jesucristo y toda la Escritura se cumple en Jesucristo (cf. Jn 19,30).

¹² BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 1.

¹³ El redil del que habla el EvJn sería la sinagoga judía, formado por ovejas que pertenecen a Cristo y otras que no, porque no han creído en él. Además, hay otras ovejas que no son de ese redil, es decir del pueblo judío. Se trata de los gentiles, que también van a ser llamados por él para formar un solo rebaño con un solo pastor (cf. Jn 10,16), que lo conduce y lo cohesionan. Esta idea de un pastor conduciendo al único pueblo de Dios procedía de la tradición bíblica, y se cumple en Jesús (cf. G. SÁNCHEZ MIELGO, *La Unidad de los Creyentes*, 244-245).

¹⁴ Al cumplirse la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4,4), Dios envió a su Hijo, “la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre” (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 65).

Esa Palabra guarda una estrecha relación con la vida y con la luz. Vamos a ver qué significa todo esto.

En primer lugar, es interesante la estrecha relación de este Prólogo con el inicio de la Biblia en el Génesis, que comienza también con la expresión “en el principio”, y donde se nos narra cómo la creación comienza con la Palabra de Dios, que, en medio de la tiniebla, dijo: “que exista la luz”. Y la luz existió (Gén 1,3). Ya en este relato descubrimos el poder y la fuerza de la Palabra de Dios. Por eso, decimos que es una Palabra performativa, porque realiza aquello que dice. Hay una fuerte coherencia entre lo que Dios dice y lo que hace, de modo que Dios pronuncia la luz, y la luz existe.

En segundo lugar, esa Palabra, que es Dios, tiene el poder de separar la luz de la tiniebla. Por lo tanto, es una Palabra que ilumina. El Salmo 119 dice: “Lámpara es tu Palabra para mis pasos” (Sal 119,105). Así, el salmista reconoce que la Palabra de Dios no solamente iluminó el inicio de la creación, sino que sigue iluminando, en el presente, el camino de aquel que invoca al Señor. Dios desea comunicarse con el hombre, y esa comunicación sigue presente y activa en la Iglesia.¹⁵ La Palabra de Dios sigue actuando porque es una Palabra viva y eficaz. Esto significa que cuando tú la acoges con fe esa Palabra se cumple en tu vida. Unas veces ilumina y orienta, otras, corrige y enseña, otras, consuela y conforta. Nunca te deja indiferente porque es una Palabra con una fuerza impresionante.

Además, esa Palabra de la que habla el salmista, ilumina el camino. Benedicto XVI nos recordaba que la Iglesia no vive de sí misma, sino del Evangelio, y en el Evangelio encuentra siempre de nuevo orientación para su camino; y añadía que la Iglesia siempre debe renovarse y rejuvenecerse, y la Palabra de Dios, que no envejece ni se agota jamás, es el medio privilegiado para este fin.¹⁶ En efecto, se trata de una Palabra que guía y acompaña. Tenemos muchos ejemplos de esta capacidad que tiene la Palabra para acompañar al hombre en su camino.

Uno de los relatos más sugerentes es, sin duda, el del camino de Emaús (cf. Lc 24,13-35). En este episodio descubrimos cómo Jesús, que

¹⁵ “Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los creyentes en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la Palabra de Cristo (cf. Col 3,16)” (CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 8).

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso del Congreso Internacional en el XL aniversario de la Constitución Dogmática “Dei Verbum”*.

es la Palabra, se dirige a aquellos discípulos que caminaban tristes y cabizbajos de Jerusalén a Emaús. Jesús se les acerca y se pone a caminar a su lado. Esto ya es muy significativo porque la Palabra de Dios, aunque tiene fuerza y poder, no irrumpe de una forma autoritaria ni despótica, sino que lo hace con discreción y sencillez: se acerca y acompaña. Además, es llamativo que Jesús no comienza dando una opinión o una enseñanza. Él comienza preguntando. Jesús es la Palabra que interroga. Ellos le responden “a la gallega”, es decir, con otra pregunta, lo cual muestra que Jesús es la Palabra que interroga, y la Palabra que suscita interrogantes. Él vuelve a preguntar. Se interesa por ellos y por su historia, y ellos le cuentan todo lo que había sucedido. Le presentan su versión de los hechos, que es una historia de decepciones y de heridas. El sigue escuchando con atención todo lo que ellos tienen que contarle porque la Palabra de Dios también escucha nuestras historias. Para él somos importantes, y nos escucha con paciencia y atención. Esto nos enseña mucho porque en nuestras conversaciones nos cuesta mucho escuchar. Preferimos hablar sin parar, y nos falta capacidad de atender, acoger y escuchar.

Es después de haberles escuchado, cuando, entonces sí, él les llama la atención y les va explicando todo. Él recoge todo lo que hay de pérdida, dolor y desesperanza en las palabras de aquellos caminantes. No trata de ofrecer un consuelo barato, unas palmaditas en la espalda o un par de frases hechas para salir del paso. De hecho, comienza diciendo: “¡Qué necios y torpes sois para creer...!” Son palabras duras que hacen despertar del letargo y que atraviesan las absurdas corazas protectoras que muchas veces se pone el hombre para evitar nuevos golpes. Y después, poco a poco, va explicándoles con claridad lo que se refería a él en todas las Escrituras. Así, Jesús, que es la Palabra, se convierte en el mejor exegeta de la Palabra.¹⁷ Para entonces ellos intuyen que se encuentran ante alguien muy especial que había hecho entrar en calor sus ateridos corazones.

También nosotros recorreremos el camino de la vida, con heridas y decepciones provocadas por los golpes de nuestra historia. Y cada vez que nos acercamos al pan de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía, en la oración personal o comunitaria, Jesús se pone a nuestro lado, nos escucha y nos explica nuestras pequeñas historias para que seamos

¹⁷ Con razón afirmaba el Concilio Vaticano II que Jesucristo “es a un tiempo mediador y plenitud de toda la Revelación” (cf. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 2).

capaces de integrarlas y comprenderlas a la luz de una historia de amor más grande.

La gratitud de los discípulos, y el deseo de conocer más y mejor a ese misterioso peregrino, movió su corazón para invitarle a compartir la mesa. Él aceptó gustoso la invitación, y se sentó con ellos. Después de tomar el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio (cf. Lc 24,30). Es curioso que justo cuando lo reconocen, él desaparece. El misterio de la comunión más profunda con Jesús sucede en su ausencia. Cuando reciben el pan que él les da, en ese momento de intimidad, él desaparece de su vista porque la comunión con Jesús ya no depende de la vista ni de los sentidos. Una vez más, la Palabra se convierte en el alimento para los discípulos, más allá de los sentimientos y las emociones. Jesús nos pide que no nos quedemos en la superficie. Nos invita a no tener miedo a la soledad de la fe, para saber que él está más cerca de nosotros de lo que podemos sentir.¹⁸

El relato, sin embargo, no termina ahí. Las palabras de Jesús, llenas de la fuerza del Espíritu Santo, removieron las entrañas de aquellos discípulos, que, no sólo reconocieron a Jesús, sino que además se reconocieron a sí mismos como miembros de la comunidad de la cual huían. Por eso, regresan a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros (cf. Lc 24,33). Una vez más, la comunidad se halla reunida en torno a la Palabra.

En relación con esta idea hay otro texto muy hermoso en el epílogo del Evangelio de Juan, con el que me gustaría terminar. Después de la pesca milagrosa, al amanecer, Jesús prepara unas brasas con pescado y pan, y les invita a acercarse (cf. Jn 21,1-14). Como bien decía A. Guillén, S.J., ese desayuno en la playa representa una imagen preciosa de la Iglesia, donde un grupo de hombres frágiles son convocados y congregados de nuevo en torno a Jesús. Ninguno de ellos tiene un expediente limpio y sin mancha. Todos tienen más bien un historial de pecado e incoherencias. Ninguno está ahí por sus méritos, sino por la gratuidad del que los convocó. Ninguno está ahí por el entusiasmo ni la admiración que le despiertan los compañeros del grupo, sino porque Jesús los puso en la misma barca. Ninguno consiguió evitar alguna vez romperse, pero todos fueron recuperados y restaurados por el mismo Señor que los ha convocado de nuevo. Todos miran seducidos en silencio hacia Jesús, que

¹⁸ Cf. H. NOUWEN, *Con el corazón en ascuas*, 78.

permanece en el centro de la escena y de la asamblea. Es la imagen de la Iglesia.¹⁹

El evangelista señala que ya nadie pregunta ni dice nada. Ya no hay necesidad de decir nada más porque Jesús, que es la Palabra que permanece en medio de la asamblea, ha dicho ya todo lo que era necesario. La evocación eucarística del pasaje es evidente. Él es quien convoca a la Iglesia, y la alimenta con el pan de la Eucaristía y el pan de la Palabra.

El papa Francisco, en su exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, decía:

La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana. Ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y Sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del sacramento, y en el Sacramento, esa Palabra alcanza su máxima eficacia.²⁰

Con razón afirmaba el Concilio Vaticano II que la Iglesia ha venerado las Sagradas Escrituras como al mismo Cuerpo del Señor, tomando de la mesa y distribuyendo a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo.²¹ En efecto, la doble mesa de la Eucaristía, formada por la Palabra y por el Pan y el Vino, constituyen un tándem perfecto. La segunda (el Pan y el Vino) confiere fuerza a la primera (la Palabra), ya que, en la misa, es Cristo mismo el que habla cuando se proclaman las Escrituras,²² pero la primera explica y confiere sentido a la segunda.

CONCLUSIÓN

Me parece providencial que, en este artículo sobre el Cáliz peregrino hasta Valencia, símbolo precioso del sacramento de la Eucaristía, y alimento de una Iglesia que también peregrina, podamos haber reflexionado sobre cómo esa Iglesia es convocada por la Palabra de Dios, que la alimenta para que pueda seguir recorriendo su camino hasta llegar a Dios.

¹⁹ Cf. A. GUILLÉN PAREDES, *Agradecer tanto bien recibido*, 66.

²⁰ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 174.

²¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 21.

²² Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 7.

Juan Pablo II reconocía cómo la sagrada Escritura había ido adquiriendo fuerza y protagonismo en la vida de la Iglesia, e insistía que era necesario consolidar y profundizar esta orientación, incluso a través de la difusión de la Biblia en las familias. Y añadía:

Es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la Palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia.²³

Concluyo ya esta reflexión invitando y animando a todos a familiarizarnos cada día más con la Palabra de Dios, que ella sea el centro de nuestras vidas y nuestras comunidades, para que podamos conocerla, amarla, vivirla y anunciarla.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO SCHÖKEL, L., *Biblia del Peregrino*, I: *Antiguo Testamento. Prosa. Edición de Estudio*, Estella 1998².
- BENEDICTO XVI, *Discurso del Congreso Internacional en el XL Aniversario de la Constitución Dogmática "Dei Verbum"*, (16-IX-2005).
- , Exhortación apostólica *Verbum Domini*, (30-IX-2010).
- BUENO DE LA FUENTE, E., *Eclesiología*, Madrid 1998.
- Catecismo de la Iglesia Católica*.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*.
- , Constitución Dogmática sobre la revelación divina *Dei Verbum*.
- , Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*.
- CHILDS, B.S., *El libro del Éxodo. Comentario crítico y teológico*, Estella 2003.
- EPIFANIO, *Panarion*, 29, en PG 41,24-26 y 34-36.
- FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, (24-XI-2013).
- GUILLÉN PAREDES, A., *Agradecer tanto bien recibido. Ejercicios de San Ignacio*, Vitoria 2006.
- JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo milenio ineunte*, (6-I-2001).
- LUZ, U., *El Evangelio según San Mateo*, I, Salamanca 2010.
- NOUWEN, H., *Con el corazón en ascuas. Meditaciones sobre la vida eucarística*, Santander 1996.
- Paraula. Iglesia en Valencia. Periódico semanal* 1584 (8-XI-2020).
- PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, (15-IV-1993).
- ROLOFF, J., "ἐκκλησία", en H. Balz y G. Schneider (eds.), *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, I, Salamanca 2005, 1250-1267.
- SÁNCHEZ MIELGO, G., *La Unidad de los Creyentes. La Iglesia que pensó el discípulo amado*, Salamanca 2008.
- SICRE, J.L., *Introducción al profetismo bíblico*, Estella 2001.

²³ JUAN PABLO II, *Novo milenio ineunte*, 39; cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia...*, especialmente la parte IV: "Interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia".

